

Lápidas

En la quietud de madres inclinadas sobre el abismo.

*En ciertas flores que se cerraron antes de ser abrasadas por
el infortunio, antes de que los caballos aprendieran a llorar.*

En la humedad de los ancianos.

En la sustancia amarilla del corazón.

I. 3

Asediados por ángeles y ceniza cárdena enmudecéis hasta advertir la inexistencia.

y el viento entra en vuestro espíritu.

Respiráis el desprecio, la ebriedad del hinojo bajo la lluvia:
blancos en la demencia como los ojos de los
asnos en el instante de la muerte.

ah desconocidos semejantes a mi corazón.

I. 10

Hierves en la erección, dama amarilla,
y estas son aguas preteridas, líquidos invernales.

Dama en mi corazón cuya luz me envejece:
eres la obscenidad y la esperanza.

III. 9

Convocada por las mujeres, la madrugada cunde como ramos frescos: cuñadas fértiles, madres marcadas por la persecución. Hay un friso de ortigas en el perfil de la mañana; lienzos retorcidos en exceso por manos encendidas en la lejía y la desesperación.

Y vino el día. Era un rumor bajo los párpados y era el sonido del amanecer. Agua y cristal en los oídos infantiles: llega una gente traslúcida y sus canciones humedecen las maderas del sueño, humedecen la madera de los dormitorios cerrados a la esperanza.

Siento las oraciones, su lentitud, como serpientes bellísimas que pasaran sobre mi corazón.

(Era el rosario de la aurora en los márgenes de la pureza proletaria, ante los huertos abrasados por los ferrocarriles y los vientos).

III. 31

El vendedor de sombra aparecía en la hora de la siesta y su voz henchía los portales recién regados. Laurel y orégano entre las manos sudorosas; hierbas secretas para el mal de madre y la infelicidad; vena de cardenillo en las monedas de cobre; percal en torno a las gargantas femeninas. La mercancía convoca a la esperanza y el vendedor aguileño oficiaba sobre los sabores deseados, sobre las calenturas y la cal de los huesos envejecidos: romero y salvia para las grietas del corazón, ruda para los cocimientos de invierno. Los aromas llegaban a los cuerpos y el anís encendía los párpados del vendedor de sombra.

IV. 9

Sé paciente con tus uñas, ah cadáver que duermes esta noche en mis párpados, ten salud, ten piedad; ah, sé hábil, habita suavemente la sombra, calla en mis labios, entra en mis anillos.

IV. 10

Soy el que ya comienza a no existir
y el que solloza todavía.
Es horrible ser dos inútilmente.

IV. 11

Ah vejez sin honor. Y los adverbios
depositándose en mi alma.
(Lágrimas en los vasos prohibidos,
mariposas ávidas).
Sé de la furia del pastor; viene apartando ramas
y ya es de noche.
Los adverbios
están cansados en mi alma.

